

CAPITULO VI

[Regresar al indice de ARTE DOMINICANO](#)

[Regresar al INDICE de PRECURSORES](#)

La Exposición de 1890.— Variedad pictórica. [Obras de Bonilla](#), Corredor, Felipe de los Santos, [Arturo Grullón](#), R. Fiallo, [Desangles](#), [Abelardo Rodríguez](#), José C. Pérez, [Navarro](#), Ernesto Rodríguez, [Perdomo](#), Julio Pou.— [Adriana Billini](#).— Los poetas y la pintura: José Joaquín Pérez y los Deligne.

No se apagaría la llama del entusiasmo artístico encendida por Corredor. Sus discípulos, unidos a los viejos y a los nuevos maestros —Bonilla, Santos, Desangles— y a los nuevos condiscípulos —Navarro, Piñeyro, Perdomo— continuaron adiestrándose en el arte de Chasseriau.

Así el 27 de febrero de 1890 se realizaba la más nutrida Exposición de arte vista hasta entonces en Santo Domingo, en el Salón Artístico de la Sociedad Literaria Amigos del País

Oleo, crayón, pastel, lápiz, todo aparecía allí, obra de no pocos artistas y aficionados, como testimonio del grande interés que

despertaban las artes en aquel instante de la vida dominicana, tiempos de Heureaux, en parte tan calumniado, en que las actividades del espíritu se desenvolvían libremente, de espaldas al absolutismo y aún al servilismo político. Eran obras que tenían, como dice Schelling, “la imperfección de todo lo que comienza”. Porque se trataba de artistas sin el inevitable viaje a Italia, sin la cotidiana contemplación de los museos, sin la emulación del ámbito propicio. Tan solo con el impulso de la irresistible vocación, fugazmente estimulada por Fernández Corredor. En ese lapso de 1883 a 1900 como que se refunden en un solo movimiento todas las escuelas de la pintura que no pudieron desarrollarse en sus propios tiempos: primitivismo, clasicismo, romanticismo, impresionismo, todo surge a la vez, quizás de modo inconsciente, de acuerdo con la sensibilidad de cada artista. Era lo que había de suceder en un país falto de guías, carente de la tradición del magisterio artístico, que deja las vocaciones sin la disciplina de los maestros, en libertad anarquizante. “La obra de arte —ya lo decía Taine— se halla determinada por el conjunto que resulta del estado general del espíritu y de las costumbres ambientes”.

Sirva la siguiente Guía de la Exposición para conducirnos lentamente, como en un estado de deleitosa evocación, por los salones de Amigos del País, a cuya puerta encontráramos a sus mantenedores, figuras egregias de nuestras letras en uno de sus momentos culminantes: Meriño, Salomé Ureña, Penson, José Joaquín Pérez, Emilio Prudhomme, Federico y Francisco Henríquez y Carvajal:

Sección al óleo

1. —Paisaje: Crepúsculo vespertino. Del señor Alejandro Bonilla.
2. —Vista: Desembocadura del Ozama. Del mismo.
3. —Paisaje: Aldeanos (copia).
4. —Cuadro histórico nacional: Captura de Caonabo. Del señor Felipe de los Santos.
5. —Cabeza de Estudio: Mujer. (Estilo Rembrandt). Del mismo.
6. —Retrato de cuerpo entero, dimensiones menores (General Ulises Heureaux). Del mismo.
7. —Venus de Milo. (De cuadro del natural por el señor Arturo Grullón). De la señorita Dolores Fernández de Castro.
8. —Cabeza de estudio: Cervantes (copia). Del señor Salomón Levy.
9. —Vista: Calle de Venecia. Del señor Fernández Co-rredor.
10. —Venus de Milo. Del señor Arturo Grullón.
11. —Cabeza de estudio: Mendigo. Del mismo.
12. —Retrato (Señor D. Eugenio M. Hostos). Del señor Ramón Fiallo. [\[1\]](#)
13. —Retrato (Señor D. Luis Cambiaso). Del mismo.
14. —Cabeza de estudio. Anciano. Del señor Luis De-sangles.
15. —La antigua Casa de la Moneda. Del mismo.
16. —Vista: Torre del Homenaje, desde Pajarito. Del mismo.
17. —Vista: Torre del Homenaje, desde el Patio de la Fuerza. Del mismo.

18. —Cuadro histórico nacional. Alegoría: Los próceres Duarte, Sánchez y Mella proclamando la República Dominicana en el baluarte del Conde. Señor Abelardo Rodríguez.
19. —Retrato de medio cuerpo (General y prócer Ramón Mella). Del mismo.
20. —Cuadro de género: Una buena botella. (De grabado). Del mismo.
21. —Vista: Estatua de Colón y plaza de la Catedral. Del señor Manuel M^a Sanabia.
22. —Marina: Playa (copia). Del mismo.
23. —Paisaje: Paseo en bote (copia). Del mismo.
24. —Paisaje: Cercanías de las cuevas de Santana (de fotografía). Del señor José C. Pérez.
25. —Paisaje: Paleta (copia). Del señor Leopoldo Navarro.
26. —Marina: Paleta (copia). Del señor Adróver.^[2]
27. —Vista: Torre del Homenaje, desde Pajarito. Del mismo.
28. —Cuadro de género: Niña (copia). Del señor M. Ernesto Rodríguez, alumno de la Academia de Pintura.
29. —Cabeza de estudio: Niña (copia). Del señor M. Ernesto Rodríguez.
30. —Retrato: (Señora anciana). Del señor Echavarría (antiguo pintor).
31. —Retrato: (Señora anciana). Del mismo.
32. —Dolorosa: (copia). Del señor Alejandro Bonilla,
33. —San Francisco de Paula (copia). Del señor Manuel Guerrero.
34. —Ecce horno (copia). Del señor Angel Perdormo, padre.

Sección al creyón

35. —Descendimiento de Jesús (copia). De la señorita Dolores Fernández de Castro.
36. —Retrato. (Señor D. Eugenio M. Hostos). Del señor Felipe de los Santos.
37. —Santa Teresa de Jesús (copia). Del señor Enrique Galván.
38. —Estudio del yeso: Colón. Del señor M. Ernesto Rodríguez.
39. —Cabeza de estudio, del yeso: Mujer. Del señor J. D. Cerón, alumno de la Academia de Pintura.
40. —Cabeza de estudio, del yeso: Hombre. Del mismo.

41. —Estudio del yeso: Un pie. Del mismo.
42. —Cabeza de estudio, del yeso: Mujer. Del señor Miguel Joaquín Ramírez, alumno de la Academia de Pintura.
43. —Cabeza de estudio, del yeso: Nerón. Del señor Vicente Portuondo, alumno de la Academia de Pintura.

Sección al pastel

44. —Cuadro de costumbres populares: Una fiesta en el barrio de San Miguel (de noche). Del señor Felipe de los Santos.
45. —Cabeza de estudio: Mujer (copia). Del mismo.
46. —Retrato (Dr. Alfonseca). Del mismo.
47. —Vista: Estatua de Colón y plaza de la Catedral. (De cuadro del natural por el señor Abelardo Rodríguez). De la señorita Dolores Fernández de Castro.
48. —Cuadro de género: Niña (copia). De la señorita Nieves Perdomo. [\[3\]](#)
49. —Paisaje: Cuevas de Santa Ana (de fotografía). De la señorita Josefita Polanco.

Sección a la acuarela

50. —Gabinete de Franklin (copia). Del señor Felipe de los Santos.
51. —Aldeana (copia). De Mr. Louis Mordacq.
52. —Costumbres parisienses: Paseo en carruaje. Del mismo.
53. —Marina (copia). Del señor José C. Pérez.

Sección al lápiz

54.—Frutero (copia). Del señor Miguel A. Calero.

55.—Frutero (copia). Del mismo.

56.—Retrato (de fotografía). Del señor Herman Ro-deck.

57.—Retrato (de fotografía). Del mismo.

Mostrarios

Un cuadro de fotografía del señor Julio Pou. Otro del señor Enrique Galván.

Vistas fotográficas sueltas del señor Tomás Sanlley. Muestras de litografía de la de Billini y Rodeck.

Curiosidades

Medio busto del Licdo. D. Pedro M^a Piñeyro, por su hijo el señor Licdo. Abelardo Piñeyro.

Planisferio celeste, a la pluma, por el General D. Casimiro N. de Moya.

Ramillote de escamas, por las señoritas Viguié (venezolanas).

Panteón, trabajo de pelo, por las mismas.

Virgen del Carmen, trabajo de pelo. Por las mismas.

Ramillete, trabajo de pelo, por las mismas.

Relojera de caracoles, por la señora doña Elisa M. Cestero de Garrido.

Polvera de nuez de coco labrada, por el señor Pablo Pumarol.

Fotografía iluminada, por el mismo.

Antigüedades indígenas

Idolillos, máscara de piedra, y jarra de barro cocido, colección del señor Rafael Delgado Tejera. [\[4\]](#)

En la nutrida exposición predomina Bonilla, el Maestro, que representa el criollismo en boga desde el triunfo de la Restauración, en 1865. ¿Qué falta? Una exposición de pinturas, dice Xavier Villaurrutia, es “como una antología de poesías... Frente a una exposición colectiva, como frente a una antología, que aspiren a presentar un panorama, el espectador y el lector se dan gusto, viciosamente, en encontrar, sobre todo, las ausencias, en vez de considerar, gozar o rechazar las presencias”. Y da el alto consejo de no incurrir en tan necio defecto, frente a una exposición: “Ya sabemos, dice, que las ausencias existen en ella, y que muchas de

estas ausencias están presentes en nosotros”.

¡Cuántas sugerencias para la dominicanidad en la es-cueta reseña! Quizás ella baste para que sobre la fácil y di-solvente negación de todo lo nuestro, se alce la veraz y constructiva afirmación.

Así podrá decirse que a nuestra olvidada tradición del arte sólo le falta que la crítica, piadosa y comprensiva, le dé la eternidad y vida de las letras y la consagre en la his-toria. La patria necesita de servidores en todas partes y en todos los instantes, en las cosas materiales y en las cosas del espíritu. Los que alaben las glorias y bellezas de nuestro renacimiento artístico, que no nieguen ni afrenten el pasado.

Entre los artistas dominicanos que florecieron en tie-rras extrañas, como Chasseriau, Simón de Portes y Mata Tejada, se cuenta Adriana Billini, hija del también artista dominicano Epifanio Billini. Su obra, realizada en Cuba, en muchas ocasiones vinculada a su tierra nativa, era siem-pre celebrada entre nosotros como cosa dominicana^[5]. Así lo atestiguan no pocos escritos consagrados, en el país, a la ilustre artista: desde aquí, en 1893, Salomé Ureña le enviaba los votos patrios:

*Sé que te arrullan sueños de gloria,
que alma de artista bulle en tu ser:
llévate el viento
mi voz de aliento,
que es de la Patria la voz también.*

Las pinturas de la celebrada autora de En la Manigua a veces

aparecían en exposiciones dominicanas, como su óleo Una niña, que figuró en la Exposición Nacional de 1907, año en que era Profesora de la Escuela de Bellas Artes, de La Habana. Allí, en nuestra Embajada, señorea a su entrada su hermoso óleo de La Altagracia, testimonio su fe religiosa, de su arte y de su dominicanidad.

Como José María de Heredia, inspirado ante el Tepidarium, de Chasseriau; como Chocano, en Playa Tropical, como tantos poetas, entre ellos Darío, nuestro gran poeta las Fantasías indígenas no fue ajeno al sortilegio de la pintura. En 1894 escribió su poesía La Virgen y el Niño, inspirada en una de las excelsas obras del Ticiano, cuya es-trofa final justifica la reproducción íntegra del poema:

LA VIRGEN Y EL NIÑO
(Cuadro del Ticiano)

*La luz del éter —que en raudal creciente
cumbres y valles y colinas dora—
sobre oscuros pañales, blandamente,
con cuanto la perfuma y la colora,
besa del Niño la sagrada frente.*

*Aún duerme, y se trasluce la mirada de aquel
dulce renuevo de una vida, casto ideal de la
belleza increada en el ser de Dios mismo
confundida:
sublime perfección, jamás soñada!*

*En la penumbra, y de candor
radiante, en éxtasis de amor la
Virgen ora junto a esa cuna
humilde y palpitante donde aparece
de su bien la aurora, que*

simboliza la virtud triunfante.

*Pero —como a través de bruma
leve que entolda el sol al
]levantarse el día—, bajo la sombra de
un cendal de nieve se ve aquella
purísima alegría presagiando un
pesar que la conmueve.*

*Es que la fe de esa mujer
vacila? Qué hay que a falaz
desilusión la guíe? Algo revela —en
su actitud tranquila— que caerá
sobre el labio que sonrío la
lágrima que tiembla en su pupila!*

*El horizonte de la edad futura
sondea su triste corazón
amante, y acaso ve La Calle
de Amargura por donde un
justo con la cruz, jadeante, va hacia
el calvario en que la muerte apura!*

*Ese misterio del dolor
humano, con esplendores del
amor del cielo, trazó el pincel del
inmortal Ticiano:
Así es el arte, cuando encumbra el
vuelo a la región del ideal
cristiano!*

Ante una acuarela de su hija Luisa Elminda —hoy en poder de su hijo, nieto del poeta, Lic. Carlos Federico Pérez— el gran lírico se inspira de nuevo, ya apartado de místico y desciende al tugurio y a la

angustia social para pedirle a la joven artista, autora de excelentes acuarelas pintar el símbolo de esta pobre tierra virgen de los trópicos, de esta tierra de los héroes y los mártires donde siempre seca lágrimas el Sol:

SIMBOLO

A mi hija Elminda

*Pinta el vasto, rojo incendio del
crepúsculo, donde flotan los girones de
azul pálido que brillántanse y
confúndense en el piélagos de las sombras
que cayendo lentas van.*

*Pinta esa hora en que la tierra, con el vértigo
de las últimas caricias del sol, duérmese,
y asomando las estrellas vierten lágrimas,
y le canta su salmodia triste el mar.*

*Pinta todas esas vagas, leves, múltiples,
centelleantes gradaciones que en los diáfanos
horizontes siderales, a la
atmósfera dan reflejos de
perenne oscilación.*

*Pinta el bosque, templo augusto y
melancólico, sostenido por sus árboles
inmóviles, do sollozan los
rumores en el céfiro
que temblando busca el cáliz de la flor.*

*Pinta el río, de murmullos de ondas
lánguidas, y las ruinas centenarias de
sus márgenes,*

*que parecen los espectros de las
víctimas de otros siglos de
implacable esclavitud.*

*Pinta, junto de magníficos
alcázares, los tugurios
bamboleantes y misérrimos; e
irradiando profusión de focos
vivididos en enormes charcas fétida
su luz.*

*Pinta todo cuanto enciérrase en los
ámbitos de la antigua ciudad, cuna de
la América; lo que en esta postrer
hora del crepúsculo es angustia de la
fe del corazón.*

*Y en el cuadro que así pintes habrá el símbolo
de esta pobre tierra virgen de los trópicos,
de esta tierra de los héroes y los
mártires donde siempre seca lágrimas el
sol!...*

*Rafael Deligne inicia su estudio crítico del celebrado poema de
Penson La Víspera del Combate, de 1895, como si hablara de un
óleo: “Trátase, dice, de un cuadro cuyos detalles arrojan una pintura
semejante a las que se estilan en el parnasianismo, en el simbolismo y
en las demás es-cuelas que ahora se usan: lo digo por el carácter
conceptuo-so del fondo, por lo pintoresco de las formas y la
tendencia a robustecer un solo y fijo tono, que se observan en la
com-posición..*

Al poeta le ha torturado siempre la angustia de la pintura; querer

pintar en sus versos la imagen presente o entrevista en su imaginación, como la boricua-dominicana Lola Rodríguez de Tió en Ante una puesta de Sol:

*Si hermosa es la canción que alza el poeta
cuando canta la patria y los amores,*

*también halla el pintor en su paleta
el ritmo de la luz y los colores.*

*Si tuviera un pincel, ¡oh, patria
mía! para calmar del alma el
hondo anhelo, ¡con qué tiernos
colores pintaría
un arrebol de tu radiante cielo!*

En Gastón Deligne hay también la presencia de la pintura: Arriba el pabellón, poesía vivamente descriptiva, alcanzó tal expresión visual que el poeta mismo le dio el subtítulo de Acuarela.

Nuestros escritores del pasado tenían siempre ante el recuerdo de las máximas creaciones del arte: “Ese es pensamiento artístico de que fueron más tarde complemento la Venus de Médicis, el Apolo de Velvedere y el grupo de Laocoonte... El pensamiento artístico de Rafael y Miguel Angel brilla aún en el pasmo del tabor y en la cúpula de San Pedro. ...decía Félix María del Monte en uno sus discursos, en 1852. Y Monseñor Nouel, en 1919, desde el pálpito de nuestra Catedral: “Cuando la fama puso en manos de Miguel Angel el cincel y el martillo, éste arrebatado como en éxtasis de verdadero iluminado

pretendió que la estatua inerte salida de sus manos se pusiera comunicación de ideas con él profiriendo la célebre frase que lo hizo inmortal: ¿por qué no hablas? Y cuando puso en manos de Rafael la paleta y el pincel para que multiplicara sus madonas y poblara con figuras sagradas las estancias y logias del Vaticano, cuando la fama celebró sus esponsales con Da Vinci y Tintoretto, con Perugino, Roselli y Ghindarlaio, hubo un momento, Señores, en que, ante multiplicidad de los artistas, la gloria se declaró fatiga de entretejer guirnaldas de laureles para coronar cabezas ya inmortales”.

[1] Hostos era el personaje preferido de los artistas de su tiempo: Abelardo, Desangles, Fiallo. Su atrayente rostro mesiánico, propio para la inspiración de un Greco, contenía esa inspiradora fuerza de atracción de lo excelso.

[2] Se trata del padre de la artista y escritora Belkis Adróver de Cibrán, autora de un documentado estudio acerca de Abelardo, aún inédito

[3] Observaba Schopenhauer que el placer en la contemplación de los cuadros de género estriba en que

ellos logran fijar escenas fugaces de la vida, fuera de los temas religiosos y mito-lógicos, de los paisajes, los retratos y los grandes temas de la historia. Cabe en ellos, pues, todo lo cotidiano: las escenas típicas de la vida familiar, de la aldea y la calle, el juego, el baile, un ramo de rosas, un caballo. Es el realzamiento de las cosas comunes llevadas a la visión artística. Testimonio de nuestro dramático aislamiento es que la pintura de género haya aparecido entre nosotros tan tardíamente, sino es que se perdiera, la creada aquí, en el ancho naufragio de nuestra cultura. Es en tiempos de Fernández Corredor cuando la pintura de género comienza a cultivarse, al menos asiduamente, entre nosotros. Podría decirse también que en tiempo de Hostos, el Reformador, porque la pintura de género apareció cuando la Naturaleza dejó de ser tan solo creación de Dios para convertirse en un mundo organizado y dependiente del hombre, liberado de los obligados temas religiosos y místicos. La irrupción de la calumniosamente llamada Escuela sin Dios, corresponde aquí a la aparición de la pintura de género. Como medró en Europa en los tiempos de Kepler y de Newton, medró aquí en los tiempos de Hostos. Cuando en el transcurso del Siglo XIX se extienden triunfalmente las ciencias exactas y el pensamiento europeo “fue haciéndose cada vez más racionalista” —como se hacían los discípulos de Hostos— este realismo refluyó marcada-mente en la pintura de género: se quería ver entonces, en todas las cosas, arte o ciencia, la mayor exactitud posible, en las cifras del más abstruso teorema o en la simetría y el auténtico verdor del trébol. Basta apuntar que algunos de los más brillantes discípulos de Hostos —formados para la ciencia— eran a la vez de los más notables discípulos de Corredor, formados para el arte: Gruillón, Gibbes, Robiou, Frade, Cabral.

[4] Comúnmente aparecían, entre los pintores, los meros aficionados, los artistas ocasionales, de labor por demás escasa y sin trascendencia. De Próspero Freites —tío del distinguido hombre de negocios don Ernesto B. Freites— se recuerda una Anunciación que pintó, en los férreos tiempos del Presidente Heuraux, en una pared de su celda de la Torre del Homenaje, empleando los únicos elementos al alcance de un preso político: añil —azul de bolita— bija y betún y usando como pincel palillos de fósforos. Próspero Freites, artista, actor de teatro y médico, murió hacia 1906. De Félix Francisco Rodríguez Jiménez (1870-1914), nuestro padre, se conservan excelentes dibujos a la pluma y no pocos alardes cali-gráficos.

Entre nuestros pintores olvidados merece recordarse a Rodolfo Domingo Cambiaso y Sosa (1852-1916) autor de numerosas pinturas realizadas en Santo Domingo, en Génova y en otros lugares de Europa. Fue también historiador, arqueólogo, periodista; hijo del célebre marino italo-dominicano Juan Bautista Cambiaso; nació en Santo Domingo el 25 de septiembre de 1852 y murió en la misma Villa el 30 de junio de 1916. (Véase noticia biográfica en Clio, SL D., 1952, No. 94, p. 188).

En una Libreta de Apuntes, de Cambiaso, que se conserva en el Museo Nacional, hay la siguiente relación de pinturas suyas (salvo una ajena, del Gral. Cambiaso, hecha en 1852):

“General J. B. Cambiaso, hecho en Génova en el 1852 (32 años de edad); Emilia y Rodolfo, Génova, 1879; Cuadros hechos en Génova en 1877 (eran muchos, las mudadas, etc., los redujeron a cuatro. Son todas escenas de Shakespeare); Cuatro cuadros de hongos hechos por mí en Santo Domingo el año 1873 (estos fueron a Génova .en 1876 y volvieron en 1880); Virgen de la Altagracia, sobre mi escritorio; Acuarela hecha por mí en Londres, en 1875; Dos cuadros de cachimbos fumados por mí. Eran

cuatro cuadros con 80 cachimbos. A esto se redujeron. Los hay desde Génova, 1869, a Londres, Brodford, Hamburgo, Santo Domingo; Bahía de Samaná; Cristóbal Colón, Santo Domingo, 1880; Libertador San-tana, 1897; Emilia y Mamá, hechos de fotografía en Génova, 1896, arreglados aquí al siguiente año; Alto Velo, 1874; Mi retrato, Gé-nova, 1866; Pinturitas sobre madera al óleo, hechas por mí en Santo Domingo en 1883, vistas de Samaná; Pinturas sobre made-ras hechas en Baní en 1885; Cuadro campiña italiana; Cuadro al óleo, tela, 1907; Arbol, óleo, 1905; Solón en Egipto, 1907; Escul-tura en madera, regalo de Tulio M. Cestero, 1909; Boceto estatua de Colón, Puerto Rico, 1900; Retrato al óleo de mi papá hecho en 1875”.

[5] Acerca de la pintora véase Eliseo Grullón, *Del Medite-rráneo al Caribe*, p. 93; artículo acerca de uno de sus cuadros en *Las Noticias*, No. 67, mayo 1894; acerca de su cuadro *En la manigua*, en *Letras y Ciencias*, 5. D., No. 103, de 1896; Enrique Deschamps, *La República Dominicana*, Barcelona, 1907, p. 263; extenso artículo de Ml. M. Morillo, *Una Embajadora de las Bellas Artes*, en el periódico *Diario de Cuba*, de Santiago de Cuba, del 30 de abril de 1927; y artículo de Juan J. Remos, *Las obras de Adriana Billini*, en *Listín Diario*, S. D., 5 junio 1927. La artista venía entonces a visitar su tierra nativa. El 1 de octubre de 1892 el gran poeta José Joaquín Pérez le dedicó esta breve composición:

Continuación Nota [5]
A ADRIANA BILLINI

*Si yo en mis versos condensar pudiera
cuanto rayo de luz el éter dora
de mi Ozama la linfa bullidora,*

*¡con qué emoción patriótica ciñera
esa frente de artista soñadora!*

El 19 de enero de 1893 don Federico Henríquez y Carvajal dedicó esta estrofa:

A ADRIANA BILLINI

*Sobre las alas de blanda brisa,
sobre las ondas de amigo mar,
van hoy mis rimas...*

*tú las inspiras
Virgen de Ozama, y a ti se van.*

Conservamos en nuestro archivo personal, junto con su au-tobiografía, inédita, y diversas cartas suyas, fotografías de varias sus obras. Nuestra correspondencia data del 1944, año en que solicitamos información para este estudio.